

1 Jn 2,20: «En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo y todos vosotros lo sabéis».

Es el Espíritu de la Verdad, porque es el Espíritu de Jesús, el cual es la Verdad. El Espíritu santifica o consagra en la Verdad: Jn 14,17; 15,26; 16,13; 1 Jn 4,6; 5,6.

Jn 14,17: (el Padre os dará) «el Espíritu de la Verdad».

Jn 1,26: «Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre»

Jn 16,13: «Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa»

1 Jn 4,6: «Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del error».

1 Jn 5,6: «Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad».

Con esa verdad hemos sido sellados. Este sello indica el nivel de conocimiento revelado al que hemos sido llevados. La carta a los Efesios habla de «Espíritu de Revelación y de sabiduría» (Ef 1,17: «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente»). Es tanto como decir que la Revelación se realiza «en el Espíritu». En 1 Cor 2,10-11 se menciona la «revelación por el Espíritu», ya que el Espíritu sondea las profundidades de Dios, y es capaz de comunicarlas a los hombres: «Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios».

Según los Hechos de los Apóstoles, el Padre nos ha dado a su Hijo Unigénito, y, ambos, nos han comunicado el Espíritu glorioso que los une y envuelve: «(Jesús) exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros véis y oís» (Hch 2,33).

En relación con el Padre y con Jesús, el Espíritu recibe los siguientes nombres en el NT:

- Espíritu del (Padre) que resucitó a Jesús (Rom 8,11: «Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros»).
- Espíritu de Dios (Padre) que nos hace hijos suyos: 1 Cor 2,14: «El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios»; Flp 3,3: «Pues los verdaderos circuncisos somos nosotros, los que damos culto según el Espíritu de Dios»; Rom 8,14: «En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»..

- Espíritu de Dios vivo (2 Cor 3,3: «*Evidentemente sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón*»).
- Espíritu, que es el Señor (2 Cor 3,18: «*Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu*»).

Esta insistencia en que el Espíritu es *Espíritu del Padre* muestra que tenemos acceso al Padre por el Espíritu de Dios:

- Ef 2,18: «*Pues por él (Cristo), unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu*».
- 1 Jn 4,1-2.6: «*Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis reconocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no conoce a Dios no nos escucha. En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del error*».

En sentido ascendente, es en el Espíritu y *por medio* de Jesús como llegamos al Padre. En sentido descendente, el Espíritu procede del Padre *por medio* del Hijo. El Espíritu procede del Padre y del Hijo como de un solo principio.

Al adherirnos al Señor somos, con él, un solo Espíritu (1 Cor 6,17: «*Mas el que se une al señor, se hace un solo Espíritu con Él*»). Se produce la «comunidad» cuyo núcleo invisible y realizador es el Espíritu Santo. Él es la comunión a la que aspira toda la Iglesia: 2 Cor 13,13: «*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*»; Flp 2,1: «*Por tanto, yo os pido por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu, por la entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, con un mismo espíritu, unos mismos sentimientos*».

El Espíritu adquiere el señorío y puede decirse que «el Espíritu es Señor» (2 Cor 3,17). Él es el «Espíritu de la Gloria» (1 Pe 4,14: «*Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros*»), como es el «Espíritu de la Verdad» a quien se une la Iglesia, columna y fundamento de la verdad que es Cristo, y por eso el Espíritu y la Iglesia claman: «*El Espíritu y la Novia dicen: "¡Ven!" Y el que oiga, diga: "¡Ven!" Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratuitamente agua de vida*» (Ap 22,17).

El sentimiento religioso a la altura de nuestro tiempo

Rev. Aragon. Teol. 8 (1998)

Fernando Rivas Conde

Desde la perspectiva de nuestro tiempo ¿tiene algún sentido el sentimiento y la práctica religiosa?...

Ya en 1908, cuenta Ortega y Gasset que un ingenuo ateneísta le confesó que había nacido sin el prejuicio religioso. Es una forma chabacana de interpretar lo religioso. «Yo no concibo, —escribía él—, que ningún hombre, el cual aspire a henchir su espíritu indefinidamente, pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso... Porque hay un sentido religioso como hay un sentido estético y un sentido del olfato, del tacto, de la visión... Cada sentido que falta es un mundo menos que posee la fantasía»... Y para él, empezaba a manifestarse, cuando nos tomamos la vida en serio, es decir, cuando caemos en la cuenta de que la vida es nuestra y que por ello debemos ir construyéndola nosotros mismos hacia el proyecto vital que hayamos elegido. Pero esa seriedad no tolera la tristeza; porque no se puede renunciar a la ironía y al espíritu deportivo, a la alegría y al amor, que son modos de vivir la vida en plenitud.

I. La experiencia originaria

Ese sentimiento puede surgirnos en múltiples momentos de la vida: En la contemplación de la belleza y del silencio sobrecogedor de un paisaje inmenso, en la admiración de una noche infinitamente estrellada... Cuando nos sentimos como zarandados por las fuerzas de la naturaleza en una tormenta de gran aparato eléctrico, en una tempestad en el mar, ante un impresionante fenómeno sísmico o volcánico... En la experiencia de la soledad... En situaciones fronterizas en las que, con el dolor del límite, se delata un anhelo por lo ilimitado, como en la enfermedad, la muerte o la catástrofe cercanas... En instantes de «colmo», instantes de eternidad, por la ejemplaridad satisfactoria del bien, el gozo intenso de la belleza, la serena convicción de la verdad, la plenitud humanizadora del amor... En definitiva, en cualquier circunstancia espontánea de la vida en la que sentimos un especial sobrecogimiento, que nos empuja, y nos lleva a reconocer una inmensa «Realidad» transcendente, pero también inmanente a nosotros.

Es el sentimiento de Algo que precede, engloba y afianza ilimitadamente todo lo que existe. Que fascina y que al mismo tiempo estremece. Que nos impulsa a la entrega, porque presentimos que de alguna manera interviene en nuestra vida, para dar-

le sentido, para salvarla. Y a ese Algo fundante y sobrecogedor del que unas veces percibimos su dolorosa ausencia y otras su esperanzadora omnipresencia, le llamamos el «misterio», lo «totalmente otro», el «sin nombre», lo «santo» o simplemente «Dios». Es un sentimiento espontáneo, específico y transcendental: No empírico, porque no se realiza sólo a nivel de los sentidos, sino que va más allá. No se reduce a una vaga adoración de la naturaleza y de la vida, tan extendida actualmente. Se distingue del goce lúdico de la belleza, porque no se satisface en ella y reclama además la verdad. Contiene un componente ético, pero trasciende toda ética. No es una pregunta profunda en busca de la verdad, porque conlleva el reconocimiento de una Alteridad radicalmente fundante que nos dispone a su invocación y adoración.

En esa experiencia original presentimos «lo desconocido», lo inefable. Quizás nadie lo ha expresado mejor que nuestro Juan de la Cruz: Herido por un gran vacío se lanza a la búsqueda. Recorre sin éxito valles y espesuras; cansado y sediento, se acerca a una «cristalina fuente», la de la vida. Y mientras se refresca, la interpela: *«Si en esos tus semblantes plateados // formases de repente // los ojos deseados, // que tengo en mis entrañas dibujados...»* Y se produce la experiencia: Juan se transforma en silencio y quietud... Al rato nerviosos, le urgimos que nos comunique qué ha sentido. Juan, lentamente, con la mirada fija en la línea del horizonte, nos contesta: «Un no sé qué que queda balbuciendo»...

A la altura de nuestro tiempo debemos preguntarnos si esa experiencia ¿no será un sentimiento sólo útil para otras épocas?, ¿no será fruto de la evasión?, ¿no será una mala conciencia?, ¿no será una postura de resentimiento?... o cualquier otro pretexto que nuestro propio psicoanálisis nos proponga para mantenernos en, o rechazar, las épocas más infantiles y primitivas de la humanidad. Deberíamos concluir con Ortega, que la falta de sentimiento religioso no es una conquista de la persona, sino más bien, una mutilación, una deficiencia de cada individuo. Que esa experiencia originaria, espontánea, transcendental, es también universal y persistente a lo largo de la historia, porque muchos hombres y mujeres la han tenido. Es un sentimiento del ser humano que se puede percibir con mayor o menor intensidad según seamos capaces de remover ese fondo del espíritu que recubrimos de superficialidad. Según podamos desprender nuestro corazón de todo lo que le apresa. Según intentemos apagar esas pequeñas luces nuestras, que no nos permiten alzar los ojos y contemplar las estrellas en una noche diáfana.

Y grandes personalidades históricas, seres humanos privilegiados, han sentido de forma eminente ese contacto con el Misterio, con el Origen de todo. Y nos han transmitido su experiencia en un conjunto de creencias y vivencias. Es el caso de los fundadores de los grandes movimientos religiosos:

- Los autores de los libros Vedas dan origen al Hinduismo, el más extendido en la India; que, desde la experiencia de unión íntima con el ser Absoluto y en un ambiente de sublime misticismo, mantienen la creencia de que la verdad se alcanza al liberarse el ser humano del engañoso mundo de las apariencias y fundirse en el alma universal.

- Buda, el iluminado, que vivió cinco siglos antes de nuestra era, partiendo de la conciencia del vacío del ser humano, enseñaba que para alcanzar la felicidad hay que renunciar a todos nuestros deseos y alcanzar el nirvana; como un aniquilamiento de nuestra persona.
- Confucio, con un profundo sentido del orden establecido por el ser divino, insistía en una moral estricta por la que el ser humano se debe adaptar a ese orden universal.
- Abraham se relaciona con ese ser trascendente de forma personal y se entrega a Él con plena confianza; su fe es fiarse de Dios, aunque pida lo imposible. Moisés concreta esa fe en el cumplimiento de la Ley, sin olvidarse de los aspectos místicos de la experiencia, que se resaltan más en las tradiciones proféticas.
- Jesús nos invita a adorar a Dios en espíritu y en verdad; y nos da, entre otros, dos signos de autenticidad: Ese Dios es un Padre bueno, lleno de cariño hacia todos. Y nuestra actitud fundamental de entrega a Él se confirma en la disponibilidad total al servicio de los demás, principalmente de los más desfavorecidos.
- Mahoma, fundador del Islam, que significa «sumisión a la voluntad de Dios», se consideraba reformador de las enseñanzas de judíos y cristianos: Reafirma un monoteísmo estricto, y por su insistencia en la omnipotencia divina y la debilidad del ser humano, junto a una actitud de resignación muy extendida posteriormente, es acusado de fatalismo.

Y estas seis corrientes se multiplican por un sin número de modos, variantes y sectas, sin olvidar los intentos más modernos de buscar una cierta síntesis de lo principal de cada una de ellas, como la Iglesia de la Unificación o la New-Age, la Nueva Era, de reciente implantación en Estados Unidos y México.

II. Dificultades del hecho religioso

Pero hemos dado un gran salto, no exento de dificultades: De vislumbrar una realidad trascendente, terminamos no sólo afirmando su existencia, sino también interrelacionándonos con ella y aceptando unas vivencias que nos comprometen en la explicación del mundo y en el sentido de nuestras propias vidas. Es que la religión es a la vez lo más espontáneo y lo más problemático.

De su problemática esencial podemos resaltar que la primera dificultad es la validez de la mera afirmación de su existencia: ¿Debemos aceptarla sólo como un acto voluntarista, al estilo del grito desgarrado de Unamuno «Existe, porque yo lo necesito»...? ¿O fundados únicamente en una aséptica deducción filosófica, como narra Ortega: Yo y mi circunstancia, nosotros y el universo, formamos un ingente puzle y cuando pensamos que prácticamente lo tenemos conformado, caemos en la cuenta de que nos falta la ficha fundamental, la que explica todo el conjunto...?

¿O quizás debamos admitir esa fe precisamente porque es incomprensible, porque es absurda, como apunta Kierkegaard, y debamos dar ese salto al vacío porque la vida humana es precisamente eso, es paradoja, riesgo y angustia? ¿O simplemente debemos rechazarla con la expresión de Nietzsche «Dios ha muerto» y no nos queda sino esperar el advenimiento de un hombre nuevo que supere esas experiencias?

Aún aceptando su existencia surge la dificultad del panteísmo: ¿Esa realidad, que vislumbramos, es en verdad lo «absolutamente otro»?... ¿O nosotros y el universo, dicho vulgarmente, no somos más que insignificantes partículas inmersas en esa realidad? ¡Transcendencia o Inmanencia!... Se podrá insistir más en una u otra, pero sin renunciar a ninguna de las dos. Ni siquiera el cristianismo elude frases como la de Pablo de Tarso exhortando a los atenienses a buscar al Dios desconocido, que hizo el mundo y todo lo que contiene, que a todos da la vida y el aliento, que no está lejos de ninguno de nosotros, porque «en Él vivimos, nos movemos y existimos». O aquella máxima de Agustín de Hipona: «Es lo más íntimo de mi intimidad»

En definitiva, ¿podemos conocer algo de esa Realidad, como para pasar a afirmar que además es personal, creador, justo remunerador, misericordioso, infinitamente bueno?... El conocimiento negativo, predicar de algo lo que no es, resulta muy pobre. Los esfuerzos de la escolástica por concretar un conocimiento analógico de proporcionalidad, se cimentaban en una confianza excesiva del valor discursivo de nuestra mente. Porque desde Kant el mundo filosófico ha asumido que Dios no es objeto de nuestra pura y sola razón, que de él no podemos tener una demostración científica, que si le podemos conocer ha de ser por otras vías: Ortega nos propone un conocimiento metafórico, cercano a la intuición poética. La metáfora, un poema, nos dan algo como sugerencia, por connaturalidad de sentimientos, recreando innovadoramente la realidad. Y su análisis científico no consigue más que destruir todo su encanto, como expresa aquel breve verso de Juan Ramón Jiménez: «No la toques ya más, así es la rosa». Puedes contemplar su belleza, oler su perfume, rozar su caricia de terciopelo, pero si sigues escarbando, terminas por ajarla y tienes que tirarla...

Desde mediados de siglo, unos teólogos cristianos se han esforzado por dinamizar una corriente, que desde Boecio, ha llegado soterrada hasta nuestros días: la analogía por eminencia. Por ejemplo, nos explica Gómez Caffarena, al predicar de Dios que es persona, con todas las consecuencias que ello implica, no se pretende hacer a Dios literalmente persona, en el sentido que el término tiene en las relaciones humanas (las tradiciones monoteístas siempre han tenido conciencia de la demasía, ingenua o simplemente blasfema, de tal pretensión). Por ello se ha cultivado también como correctivo, una teología negativa que nos obliga a negar lo que se afirma de Dios, en un intento de encontrar la verdad sólo en el límite inasequible en el que la afirmación y la paralela negación coincidirían. Afirmación, negación... y eminencia o sublimación.... Pero, generalmente, no es nuestro entendimiento quién busca a Dios, sino que Él se nos da y entonces necesitamos hacer razonable la fe. La fe del carbonero no tiene sentido en ningún credo. Cuando uno lo intenta, siguiendo aquella nor-

ma medieval «fides quaerens intellectum», se está predisponiendo para crecer en la fe, porque en realidad está repitiendo, desde el fondo del alma y sin saberlo, aquella oración evangélica: Señor creo, pero aumenta mi fe.

Sin embargo, la dificultad más extendida y la más vehemente, es la existencia del mal; del indecible dolor de la historia, del enorme desamparo en que ese Dios bueno deja al mundo y al ser humano. Ese porqué de Job, que resonó en el mismo Gólgota y no cesa de repetirse continuamente. Esa dificultad constituye un verdadero nudo gordiano, que nos sentimos incapaces de comprender y desatar; porque sólo podemos mantener con las puntas de nuestras uñas, los dos extremos de ese ovillo enmarañado de la historia: De un lado, la bondad de Dios. Y de otro, nuestra pequeñez, nuestras limitaciones y nuestra propia libertad, como disculpas de la existencia de tanto mal físico y moral.

La problemática especial moderna es consecuencia de un conjunto de situaciones y reacciones, de doctrinas y acontecimientos, que desde la Ilustración, la revolución industrial, la nueva organización del trabajo, la aparición de las grandes concentraciones urbanas, el colonialismo y el nacimiento de nuevas nacionalidades, las fratricidas guerras mundiales, la revolución tecnológica, la mundialización del transporte y de las comunicaciones, han producido y continúan causando un cambio profundo, radical, acelerado y aparentemente ilimitado, de los modos de pensar, sentir y vivir de toda la sociedad humana. Y en ese mundo espiritual, que se vive con dramática pasión dialéctica tanto para aspirar a lo bueno, como en su utilización para la iniquidad y el mal, hay confusionismo y angustia. Se dan contrastes y hasta contradicciones; se extreman las tesis y las antítesis, sin que se llegue a ver una posible síntesis. Y a pesar de todo, se pueden intuir unas tendencias, unas directrices, que nos orienten sobre esta sociedad, que claramente se ha puesto en marcha en otra dirección:

- Con la rúbrica de Modernismo, agrupemos los aspectos más intelectualistas de este fenómeno. Podríamos describirlo como un antropocentrismo crítico: Como si se tratara de extrapolar la revolución copernicana, en adelante no se aceptarán los postulados de la Filosofía, de la Ciencia, de la Historia, de la Economía, de la Política y, por supuesto, de la Religión, sino a través y en torno de las posibilidades reales del ser humano.
- Bajo el término de Secularización englobemos sus aspectos más prácticos: Con esas ideas de fondo y sobre todo empujada por los propios acontecimientos, la vida social se masifica y progresivamente se desmitifica y desacraliza, no solamente en sus contenidos o aire de misterio, sino también en los más diversos comportamientos de la vida cotidiana; por ejemplo en el ideal de patriotismo, en el amor, en las relaciones sexuales...
- Como movimientos de reacción, surgen los fundamentalismos. En mayor o menor medida se producen en todas las corrientes religiosas, aunque son más conocidos los del Islam: Con cierto matiz peyorativo, se han descrito como un conjunto de estrategias que adoptan las comunidades religiosas,

mediante las cuales los creyentes, asediados, intentan conservar su identidad diferenciadora. Quedémonos con las notas más positivas: Un retorno a lo básico, a las raíces. Una búsqueda de autenticidad, aunque a veces sea parcial.

- Y con todo ello una creciente toma de conciencia de una cultura pluralista y planetaria, una creciente conciencia globalizadora de que todos los seres humanos formamos una sola Humanidad: Desde un exacerbado individualismo cada día entendemos mejor que, como persona, somos una gota insignificante del gran caudal de la Humanidad.

La consecuencia de todo ese fenómeno, desde nuestra perspectiva, es un retroceso incesante de la práctica religiosa tradicional, un creciente desarraigo religioso. Este retroceso es mundial: Como símbolo, recordemos sólo la trayectoria del catolicismo español: Primero la minoría más intelectual, que se califica claramente de anticlerical. Después el mundo obrero. Actualmente hemos asistido al alejamiento de la juventud.

III. La convocatoria del Concilio

Desde ese marco, Juan XXIII, el papa bueno, consciente de que hay que estar atentos a los signos de los tiempos, convoca el Concilio y le propone tres grandes temas:

- 1) El diálogo con el mundo moderno.
- 2) El diálogo ecuménico con otras confesiones religiosas.
- 3) La Iglesia como comunidad de pobres.

Conciencia y reconocimiento de los valores de nuestra cultura. Y como actitud para ese diálogo, propone una imagen expresiva: abrir las ventanas de la Iglesia para sacudir el «polvo imperial» acumulado durante siglos. La postura humana del papa Juan nos resulta amable, abierta y atrayente: Porque cuando se ha constatado que la Humanidad va en otra dirección, parece inútil empeñarse en condenar su increencia; denunciar, sin más, el malestar religioso de nuestra cultura; o querer explicar que, si se ha diluido el arraigo de la fe, si se ha abandonado tan masivamente la práctica religiosa, se debe sólo a la superficialidad de ese sentimiento, a que esas prácticas tenían bastante de vacío hábito social... Parece más humilde y evangélico preguntarse, con valentía, por nuestra propia responsabilidad. Intentar corregir las cosas que hemos dejado de hacer o las que, teniendo sentido en otras épocas históricas, hoy ya no lo tienen. Y al abrir la ventana con ánimo de liberarnos de andamios provisionales, de impurezas mágicas, el catolicismo se dispone a una profunda transformación no tanto de su ser, como de su modo de ser, que tendrá gran desarrollo teórico en las sesiones del Concilio y posteriormente.

El reto lo concreta Pablo VI, en «*Evangelii Nuntiandi*», al invitar a la comunidad a un genuino cambio, recordando que, según el Concilio, la Iglesia se evangeliza a sí

misma a través de una conversión y renovación constantes, para evangelizar a los demás de manera creíble. Se empieza a emplear dos grandes términos: Con la convicción de que es necesaria una profunda y crítica «Inculturación» de nuestras culturas actuales, se podrá realizar una «Nueva Evangelización». No se trata de recuperar la audiencia perdida, sino de clarificar la Buena Noticia de modo que transforme de verdad la vida de los que la acepten.

En el diálogo ecuménico se ha producido un gran avance: Desde aquellas oraciones de nuestra infancia en que se citaba al pérfido judío, se ha pasado a un trato de respeto, por aceptación de la libertad religiosa; y tras el Concilio, al reconocimiento de un auténtico valor salvífico de cada una de las otras religiones. Y esto no como una concesión táctica, sino como consecuencia lógica de una fe purificada: Si Dios es Padre de todos, actúa sobre todos...

Al tratar de las otras religiones, sentimos un cierto reparo por la superioridad única de nuestra fe en Jesús: Doctrinalmente, sin renunciar a ella, intentemos prescindir, poner entre paréntesis, esa convicción. Sin embargo en el aspecto moral, las virtudes y los vicios se encuentran repartidos, más o menos por igual, entre los seres humanos, sin importar el tipo de fe. Farisaicamente podremos señalar las «motas» de las otras corrientes religiosas, pero humildemente debemos recordar nuestras «vigas». En alusión a las del mundo occidental, sugerimos sólo dos de nuestra casa: Por la decisión concreta de unos reyes católicos, la cristiandad, después de expulsar a los musulmanes, destierra a los judíos, con lo que suprimió de golpe una convivencia, aceptable y fructífera, de las tres religiones teístas; y convirtió a los sefardíes en un pueblo errante durante cinco siglos, generando un antisemitismo auto-justificado por el deicidio de Cristo. Y, más recientemente, la barbarie objetiva, así sin más matizaciones, de una guerra civil...

Renunciando, pues, a ese complejo de superioridad que sentimos al tratar las demás religiones y sin ánimo sincretista, sino sólo para rastrear y sensibilizarnos de la acción de Dios, puede ser útil unirnos a las reflexiones del sacerdote indio Divarkar, Asistente del Superior General de los Jesuitas, quien situándose como observador desde la mentalidad asiática nos propone dos modelos gráficos de religiosidad: El modelo triangular propio de las religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam), cuyos lados están constituidos por un Credo, un Código y un Culto; y en su epicentro un Libro Sagrado, que sirve de referencia e inspira todo. Y el modelo circular de las religiones más orientales (hinduismo, budismo, confucionismo): En el interior, el núcleo, una experiencia profunda que transforma a la persona; y en círculos concéntricos, la comunicación de esa experiencia a otros seres humanos y la consiguiente atracción de seguidores, más o menos comprometidos, por comunión de un mismo espíritu.

Estas últimas ven en las pretensiones del cristianismo, una señal de religiosidad inmadura que necesita ser depurada y elevada. Porque —nos explica— su actitud de triángulo es cerrada, como a la defensiva: Observándola desde nuestro tiempo:

- No se separó suficientemente de los modos de ser del judaísmo.
- Al verter sus contenidos según la mentalidad helénica, se granjeó universalidad y densidad ontológica, pero a cambio de historicidad. Se expresó en fórmulas definitorias, que difícilmente se entienden en otros ambientes culturales: La manía occidental de definir, de poner límites, les resulta contradictoria; porque Dios precisamente es «lo ilimitado».
- El legalismo romano interpretó la autoridad eclesiástica como un sistema de jurisdicción, que domina y controla toda la vida de la comunidad.
- Los pueblos invasores del norte cargaron la liturgia de su religiosidad popular, que apenas se distinguía de la superstición. Reforzaron la autoridad, adquiriendo el modo y estilo del brazo secular de control rígido y centralizado, sacrificando la libertad al prestigio y al poder.
- El reto del Islam dominante, que le acorrala por el sur y por oriente, acentúa sus rasgos de intransigencia y pierde capacidad de diálogo...

Las religiones orientales, más que religiones, son grandes tradiciones espirituales, que durante este siglo han ejercido gran atracción en occidente; quizás porque éste ha perdido espiritualidad: Admiran en Jesús muchos valores espirituales, porque en su vida y sus enseñanzas se da mucho del modelo circular (conciencia, comunicación, comunión) y se propone no poco contra el modelo triangular (credo, código, culto). Piensan que la religión sólo debe ser el cuadro o la estructura social, que facilite la práctica de la espiritualidad y observan que el cristianismo tiene gran contenido espiritual, pero bajo un enorme peso institucional... Da la impresión que las actitudes religiosas se acercan cuando se desciende a su núcleo profundo: A nivel místico parece que todas las religiones se encuentran.

Sin embargo, hay que reconocer que la inculturación en otros pueblos, generalmente no ha pasado de ser una mera adaptación de formas externas. E insistir continuamente en uno u otro de los tres lados del triángulo, aunque sea con distinto ropaje, no hará más que empeorar la situación, si no se cultiva una auténtica espiritualidad. Hay que ir más atrás y cambiar de rumbo: En un diálogo más distendido, como es el actual ¿cabe anticipar mínimos comunes?... En ese camino se podría avanzar sin esperar llegar a grandes formulaciones dogmáticas... Al menos, a nivel ético se ha conseguido llegar, satisfactoriamente para todos, a una anticipación de consenso en mínimos, reflejada en el documento «Principios de ética mundial», firmado en Chicago en 1993, que recoge la regla de oro, presente en tantas tradiciones religiosas desde la antigüedad: El ser humano debe ser tratado humanamente. No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti. Haz a los otros lo que quieres que te hagan a ti.

Volvamos ahora con nuestro místico Juan que sigue tartamudeando su «no se-que-que-que...da bal-bu...cien-do»... Con nuestra grosera sensibilidad, nos asomamos a aquella cristalina fuente y comprobamos que sólo ha visto su rostro cansado de hombre angustiado y, en el trasfondo, el cielo azul y acaso una nubecilla viajera...

Pero quizás no sea tan de perogrullo nuestra observación: Ha contemplado al ser humano y a su trasluz ha descubierto.

El vocablo «hombre», individuo humano concreto, se aplica a Jesús. Aunque los evangelistas tienen una insistencia significativa en que Él se aplique a sí mismo el término Hombre en forma determinada, como el Hijo del Hombre, «el Hombre tiene potestad...», el Hombre es señor del sábado y del precepto..., el Hombre tiene que padecer..., el Hombre ha venido a servir..., veréis al Hombre sentado a la diestra... Y Juan sublima esta intencionalidad en una escena que no nos cansaremos de contemplar: «Ecce Homo»... He ahí al Hombre, al ser humano cargado de toda miseria y angustia, pero al mismo tiempo transido de Espíritu.

Una reflexión teológica posterior nos hará caer en la cuenta de que esa denominación hace referencia, en primer lugar, a su propia individualidad: Ese hombre es lo mejor del ser humano, el nuevo Adán, el ser humano perfecto, el que posee la plenitud humana, es la realización plena del proyecto de Dios. Y que, por ello, es el único camino hacia el Padre, ya que es la única imagen del Dios invisible: Nadie puede llegar al Padre si no es a través de Él. Pero también se hace referencia al nuevo Adán, a la nueva Humanidad, al nuevo ser humano: El hombre es religioso, precisamente porque es ser humano, la religiosidad no es un sobreañadido al hombre, que se puede poner o quitar. El quiere salvar al ser humano, a todos los hombres, desde dentro de sí mismos.

Contemplando su propia vida, comprobamos que se ha identificado con el hombre, se ha hecho carne de ser humano, en su debilidad y pequeñez. Y ha aceptado el proyecto del Padre de liberarle, como pueblo, de todas las esclavitudes y opresiones de «Egipto», para conducirlo a una tierra nueva de plena libertad y máxima dignidad de hijos de Dios. Para constituir esa nueva Humanidad, promulga un único y nuevo mandamiento, «amaos unos a otros, como Yo os he amado»... Conviene recordar que ante aquel fariseo-jurista que le resumió el contenido de la ley y los profetas en dos mandamientos, el del amor a Dios y el del amor al prójimo, Jesús le animó diciendo: «No estás lejos del Reino»... Aunque nosotros, menos comprensivos, añadiríamos: «Luego aún no estás en el Reino»...

Y ese legado, ni siquiera nos lo deja estrictamente como un mandamiento: Nos faltan palabras, aunque los evangelistas ya distinguían el término mandamiento de la ley mosaica, del de éste otro de Jesús: Porque a nadie se le ocurre pensar que el buen samaritano socorrió al herido, por estar ordenado así en un precepto, sino más bien «movido por compasión», porque así le salía de su corazón... Y esa única-recomendación-nueva de amor mutuo será la señal, el distintivo, el vínculo y el factor de crecimiento de sus seguidores, «en eso lo conocerán todos»...

Jesús no prescinde del ser humano: Pone como último criterio su bien, por encima de toda institución o precepto: Por amor a él y con un exquisito respeto a su libertad, con la convicción de que viene a darla y como testimonio de su don, siempre invita «si quieres...». Nunca condena, aunque a veces advierta de forma muy dura. Y

su invitación es a seguirle en un proceso continuo de conversión, en una dinámica de renacer de nuevo, cada día, impulsados por el Espíritu, hasta transformarnos en seres perfectamente buenos, buenos por hacer el bien, seres perfectos en bondad, como es perfecto el Padre de todos. No nos da opción a elegir entre Dios y el hombre. Dios no está separado del ser humano para convertirse en objeto de su amor. Dios no exige que el hombre se entregue a Él. Sino que Dios se entrega al ser humano como fuerza de amor, y a través de esa comunicación de su Espíritu, el hombre debe entregarse y servir a los demás. Por eso Jesús ya no prescribe el amor a Dios; sino el amor entre los seres humanos, como única y auténtica forma de amar a Dios. Jesús se manifiesta en el rostro del otro.

Por esa opción decidida, por ese compromiso incondicional en favor del ser humano, para Él sólo tendrá valor lo que hagamos por el ser humano, como nos explica en aquella escena alegórica del juicio definitivo: Venid, porque tuve hambre, sed, desnudez, enfermedad, cautividad... «Lo que hicisteis a estos hermanos míos más pequeños, me lo hicisteis a mí»...

Jesús no excluye a nadie, aunque, para que ese amor mutuo sea realmente fraterno y efectivamente universal, debe actualizarse en referencia especial a los más pequeños, a los más débiles, a los más pobres. Esta preferencia pertenece esencialmente a la vida y misión de Jesús, de forma que si no se da, o si se da de manera indebida, queda desvirtuado el mismo Jesús como salvador de los seres humanos: Presenta oficialmente su misión, en la sinagoga de Nazaret con aquel texto de Isaías «el Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos... dar libertad a los oprimidos»... Y le quisieron despeñar. Insiste al contestar a los discípulos del Bautista, que no acaban de entender su modo de proceder: Id y contad lo que habéis visto... los ciegos, los cojos, los leprosos,... pero sobre todo «se anuncia a los pobres la Buena Noticia». «Será dichoso el que no se escandalice de mí»... Tiene plena conciencia de que será signo de contradicción: Unos le darán su adhesión, confiarán en Él y le seguirán. Mientras que otros se escandalizarán y por ello le perseguirán hasta la muerte; pero aún a esos perdonará porque no saben lo que hacen...

La postura de Jesús es radical: La solución a la injusticia no se conseguirá nunca con la inactividad, ni con reacciones violentas. Presenta sus bienaventuranzas como la Buena Noticia para los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, los mansos, los misericordiosos, los bien intencionados, los perseguidos por causa del Hombre... Y también como mala noticia para los ricos, los satisfechos, los orgullosos, los seguros, los poderosos, de los que socialmente se habla bien... ¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino!, precisamente por las actitudes mundanas que genera la adoración del becerro de oro: la ambición de tener, el deseo de prestigio, la sed de poder... ¡Bienaventurados los pobres!... Se propone crear una sociedad diferente, renunciando voluntariamente a esos tres falsos valores: En lugar de acaparar, compartir lo que se tiene. En vez de encumbramiento, igualdad y fraternidad. En contra del deseo de dominio, la solidaridad y el servicio humilde y voluntario a todos. El mundo

de la riqueza, del dinero, que es incompatible con el amor al prójimo, y el mundo de la pobreza. Y como no se puede servir a dos señores, la conflictividad es inevitable: primero le perseguirán a Él, quien nos anuncia desde el principio que también perseguirán a sus seguidores y que por la persecución, precisamente por defender esos valores, les hará dichosos... ¿La persecución inevitable, necesaria, es un «termómetro» de nuestra autenticidad en el seguimiento de Jesús?...

Porque hay una pobreza real, carencia de los bienes de este mundo: Como tal es un mal y es denunciada por los Profetas como contraria a la voluntad de Dios y que, las más de las veces, es consecuencia de la injusticia y el pecado de los hombres. Hay otra pobreza espiritual, que es el tema de los pobres de Yahvé: Es la actitud de apertura a Dios, de la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor. Valora los bienes de este mundo, pero no se apega a ellos y reconoce el valor superior de los bienes del Reino. Pero la pobreza espiritual vivida al margen de la pobreza real, se transforma en una postura sapiencial, ascética, intimista, que termina pervirtiendo a la misma pobreza espiritual y se convierte en ideología legitimadora del sistema de dominación... Jesús se hace realmente pobre, se sitúa junto a los oprimidos, a los excluidos, los ciegos, los leprosos, los publicanos, los pecadores de su tiempo. Es decir, acepta la pobreza real, voluntariamente y por amor; como una fuerza y un compromiso: Asume la condición de los necesitados para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes. Como dirá Pablo a los corintios: «Conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para que os enriquecierais con su pobreza».

¡Valor enriquecedor de la pobreza!... ¡Fuerza salvadora de la pobreza!... Aludo solo a un tema que merecería mayor desarrollo: Por voluntad gratuita del Padre, porque así lo quiere revelar el Hijo, los pobres de Jesús tienen acceso a un mejor conocimiento, «conocer bien», de todos estos temas: Primero nos lo presenta como agradecimiento al Padre: «Yo te bendigo, Padre... porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños»... Después como promesa, cuando se despidе en la intimidad de la cena: Conviene que me vaya para enviaros mi Espíritu... cuando venga el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce, pero vosotros sí porque morará con vosotros,... dará testimonio de mí, os recordará todo lo que os he enseñado, «os guiará hasta la verdad completa».

IV. De cara al futuro

El papa bueno Juan abrió la ventana y ha entrado un viento huracanado que no sabemos de dónde viene ni a dónde va. Un viento revisionista que ha obligado a replantearnos muchos aspectos de la mentalidad cristiana: En realidad todo aquello que hay de verdadero interés e importancia, se ha convertido en problema para la teología actual. Porque nos hemos tenido que preguntar hasta «¿de qué color es la piel de Dios?...», e incluso por su sexo, pues, aunque de forma lacónica y en alusión a un tema que hemos dejado intacto: «si Dios es varón... ¿el varón es Dios?»... Un viento que

nos despierta al interés por lo esencial, para distinguirlo de lo accidental y prescindible: O si se prefiere, para distinguir grados de esencialidad; para mantener, según esos diferentes grados, una gradualidad de adhesión. Lo cual supone una actitud situada en las antípodas del integrismo y del fundamentalismo, como meros conservadores de posiciones anteriores.

Ortega a principios de siglo nos decía: «La Humanidad es el camino que lleva hacia Dios». Es una línea inmensa entre la naturaleza (entre el orangután que todos llevamos dentro) y Dios. En esa «perenne marcha», en ese «éxodo humano» la Humanidad avanza sin titubear, con unas normas que el individuo apenas percibe. El individuo más bien con «ánimo trashumante», «oscila y se pierde, tropieza y se cansa, adelanta y torna lo andado».

¿Qué podemos hacer nosotros, pobres trashumantes cansados?... Dejemos que la audacia y creatividad de los teólogos nos siga desbrozando el camino, hasta presentarnos una idea más dinámica y flexible de nuestra verdadera identidad cristiana. Aunque parece que, al menos, deberíamos estar en el camino con madurez, libertad y plena responsabilidad. Si debemos cambiar nuestro modo de ser cristianos, y eso parece claro, recordemos que las declaraciones verbales, meramente enunciativas del mensaje, no nos salvan. El cambio no se nos va a dar hecho y controlado desde fuera. Un ser vivo, una persona, una comunidad cristiana, que aspira a vivir una vida en abundancia y en plenitud, no cambia por imposición, sino por un principio interno: por el Espíritu.

Por eso Rahner nos avisa: «el cristiano de mañana o será místico o no será cristiano». Místico, no por experimentar fenómenos espectaculares, sino porque vive confiadamente la experiencia inmediata de Dios, que caracteriza a la mística. Porque profundiza su experiencia originaria, y de ese contacto plenamente personal con Jesús, de esa identificación connatural con Él, vivida entre días de sol y noches oscuras, va encarnando, haciendo carne, corazón, vivencia y comportamiento, los sentimientos de bondad de ese ser que deseaba una Humanidad mejor, reconciliada con todos los seres humanos y con todas las demás cosas del Universo.

Es verdad que hay riesgos en hacer de la experiencia, el último criterio en materia religiosa, pero sin una oración profunda, individual y en comunidad (que, por otra parte, es la forma más espontánea del hecho religioso); sin una ardua búsqueda de claridad; y sin una intercomunicación de nuestras propias experiencias, en una comunidad de pobres, de iguales, abiertos al amor fraterno; una comunidad libre de toda actitud represiva, que valore la proclamación sacramental de la Buena Noticia (la que produce realmente lo que quiere significar), difícilmente podremos alcanzar una religiosidad que proporcione vida abundante, para realizar una inculturación crítica y eficaz de todos los niveles de nuestra propia cultura, o para hacer posible una auténtica y nueva evangelización de nosotros mismos y de todos los hermanos.